

FUNCION NOCTURNA

La noche anterior habían ametrallado a dos oficiales, lo único que se veía eran camiones del ejército y patrulleros, la gente pasaba echándose miradas furtivas, rozando las paredes, a intervalos se escuchaba una brusca frenada y las órdenes secas de un oficial, había una corta lucha que terminaba invariablemente en empujones, en golpes, el seco chasquido de las puertas del coche celular, a veces alguien gritaba un nombre, después las gomas chirriaban en el asfalto, los testigos se dispersaban en silencio, apretando el paso.

La proyección de la película estaba prevista para las cuatro, cosa que todos tuvieran tiempo de volver temprano a sus casas o a sus hoteles, pero a las cinco Claude no había llegado y todos estuvimos de acuerdo en que no se podía empezar sin él, sin contar que Marc se declaró incapaz de poner en marcha el proyector, probamos diferentes enchufes pero coincidimos en que la instalación estaba bien, manoseamos un poco tornillos y cables sin demasiada convicción, finalmente Claude llegó a las cinco y media, cuando ya empezaba a oscurecer y después de algunos minutos vaticinó que había algo quemado, un fusible o algo parecido, Juan dijo que era una estafa y que sí para eso lo habían hecho venir, que devolvieran el dinero.

Marc y Claude decidieron que lo mejor era pedir que les enviaran otro proyector, nadie quería perderse la película, el vino estaba bastante bien y las tortas tenían buena cara, de todos modos ya era de noche, Julio y Juan empezaron a recordar las maratones de sus tiempos, las seis o siete horas rituales de los sábados en un cine de barrio, matiné, primera cómicas, dos películas de relleno en las que acaso con un poco de suerte se podía ver una de Libertad Lamarque, Besos Brujos o Cita en la Frontera, hasta era posible que actuara Floren Delbene, nadie pudo recordar como se llamaba una donde Libertad se trenzaba en lucha con una rival en lo alto de una escalera de caracol, la aparatosa caída de la malvada, el cuerpo tendido allá abajo, en las baldosas cuadrículadas del patio y Libertad que luego de una mirada entre extraviada y trágica a la cámara se echaba a cantar un tango, después venía un intervalo, todo el mundo compraba choco-

latines o caramelos y finalmente el plato fuerte, una de pistoleros con James Cagney o Humphrey Bogart.

Juan se acordaba de una versión uruguaya de «Los Tres Mosqueteros» con exteriores filmados en el Parque Rodó, no lejos de la biblioteca infantil donde por ese entonces trabajaba, había un duelo entre los mosqueteros y los esbirros del cardenal y de pronto pasaba un tranvía, según Juan el 35 que iba a Punta Carretas, un involuntario efecto surrealista, ahora seguramente se verían pasar coches celulares o patrulleros, como los que escuchábamos abajo, realmente estaban como locos, era inevitable no pensar en un hormiguero al que alguien acaba de asestar un puntapié, yo veía las manos largas y blancas de Julio que en ese momento gesticulaban, por un momento quedaron tapadas de furiosas hormigas mordiendo en la carne, tal vez su mujer estaba pensando en algo parecido porque la vi echar una rápida mirada a su reloj, Marc y Claude se habían sentado aparte y discutían en voz baja, todos teníamos la impresión de que se sentían un poco culpables, era divertido observar su aire de conspiradores.

Por último llegó el nuevo proyector, los dos empleados parecieron sorprendidos de ver tanta gente reunida y a esa hora, uno de ellos sobre todo, un rubio bajito de frente estrecha no dejaba de mirarnos, se me ocurrió que a lo mejor había reconocido a Julio, cuando se iban vi que le dijo algo en voz baja al otro, que se encogió de hombros y se lo llevó.

La película estaba bien, era un largo reportaje que se abría con unas tomas de Julio caminando por París, atravesaba una calle y entraba en una librería, después la cámara se instalaba en su apartamento de la rue Berger, a todos seguramente nos resultaba un poco extraño que Julio estuviera aquí con nosotros, tan cerca y tan lejos de ese otro Julio a salvo en el celuloide, protegido por tantos miles de kilómetros de distancia, por ese canal que ahora recorría como perdido en un sueño, me pregunté una vez más si había hecho bien en aceptar la invitación y haber venido a este congreso, nadie podía estar seguro, los diarios casi no lo mencionaban pero un editorialista hablaba de quienes complotaban en el extranjero y participaban en la campaña de calumnias lanzada contra la patria, absurdamente pensé que mientras durara la proyección Julio estaba fuera del alcance de las patrullas que hervían en una cólera impotente ahí abajo, todavía en su lejano París que precisamente surgía de pronto en una ancha toma del Sena, se concentraba largamente en una esclusa que se abría para dejarse penetrar por una barcaza negra y roja, después era el mundo clausurado de las Galerías Vivienne, el acuario del Jardín des Plantes y sus axolotl, por un momento la cámara se había convertido en ese

ojo misterioso que nos perforaba y parecía atraernos irresistiblemente hacia un mundo remotísimo.

Cuando al fin terminó la película y alguien encendió las luces, me pareció que volvíamos de otro tiempo, la pantalla desnuda era como una ventana amenazante, hubo un extraño silencio hasta que Julio hizo una broma y todos nos pusimos a felicitar a Marc y Claude que sonreían felices mientras recogían los trastos, las mujeres aparecieron con más platos y botellas, de pronto todos nos sentíamos bien en la pieza llena de humo donde todavía flotaban las últimas imágenes del filme, era como si nos supiéramos invulnerables a condición de no separarnos, de seguir así, juntos y dispuestos a discutir cualquier tema, aunque sabíamos que en algún momento íbamos a tener que bajar a la calle ya desierta y despedirnos.

A Juan se le ocurrió que debíamos terminar la noche en un restaurante italiano, nadie sabía muy bien donde podía haber uno en el barrio, a María le parecía haber visto uno a la vuelta, o más bien no a la vuelta sino en una calle paralela a la nuestra pero hacia lo que no había una salida directa, era preciso contornear una plaza y después torcer a la izquierda, mientras nos poníamos los abrigos decidimos que lo mejor era que Juan fuera en el auto de Marc con María y Dolly mientras el resto trataba de ubicar el lugar a pie, hubo esa inevitable confusión de bufandas y guantes dispuestos a cambiar de propietario, sin saber por qué me puse a pensar en el funcionario de migración pasando una y otra vez las páginas del pasaporte de Julio el día de su llegada con una sonrisita satisfecha, las manos (otra vez las manos) se movían como arañas en una pared, a Julio apenas si le echó una mirada después de selláserlo, pero cuando salíamos del recinto me volví y el hombre hacía un gesto en su dirección con el mentón a un compañero, seguramente un policía vestido de particular.

La calle parecía más amenazante ahora que estaba enteramente vacía, con sus árboles desnudos. Juan trepó al auto con María y Dolly, nosotros nos echamos a andar, en silencio ahora, vimos las luces traseras perderse al doblar la esquina y apretamos el paso como si estuviéramos por lanzarnos a correr, había pocas luces encendidas en las casas y noté que casi todas tenían las persianas bajas, como en una ciudad abandonada o sitiada.

El restaurante no estaba donde yo pensaba, las indicaciones de María suelen ser siempre aproximativas, dimos dos veces vuelta a la plaza sin distinguir nada que se pareciera a un restaurante italiano, en cambio había un café abierto y a Claude y a mí nos pareció que lo mejor era que Julio y Ana entraran a esperarnos tomando un café, nosotros ubicaríamos seguramente el restaurante y volveríamos a bus-

carlos, en realidad estaba haciendo mucho frío y creí ver que Ana se estremecía, Julio aceptó a regañadientes pero finalmente los dejamos instalados en una mesa.

Con Claude atravesamos una vez más la plaza, yo era del barrio pero casi nunca tomaba hacia ese lado, la parada de mi ómnibus quedaba en la otra dirección, de modo que me sentía tan extranjero como Claude y tan perdido, más allá se abría una calle iluminada y pensamos que debía ser allí, a lo lejos veíamos la mancha de una enseña luminosa que se encendía y apagaba a intervalos regulares, la calle quedaba durante unos segundos bañada en una espuma rojiza y después se ensombrecía bruscamente, como si alguien respirara a través de una herida.

Del auto de Claude ni rastros, a lo mejor ya estaban en el restaurante y empezaban a extrañarse de que no llegáramos, salimos a otra esquina pero era evidente que por esa zona no podía ser, había una plazuela de la que se abrían tres calles angostas y oscuras, era seguro que habíamos tomado la mala dirección, así que volvimos sobre nuestros pasos, algo perplejos pero sobre todo furiosos, recuerdo haber pensado vagamente que cuando todo pasara Julio sería capaz de escribir un cuento de los suyos con todo esto, que era nada en el fondo, Claude decidió ir a buscar a Julio y Ana al café para explicarles mientras yo exploraba del otro lado de la plaza, hacia la zona que habíamos dejado a nuestra espalda, de modo que me encontré caminando solo y maldiciéndome, sintiéndome culpable por toda esa serie de desencuentros absurdos, además ya era casi medianoche y el restaurante, por más italiano que fuera, estaría por cerrar, no me costaba nada imaginar al patrón y a los dos o tres mozos mirando fijamente la mesa de Juan (quien ni cuenta que se daría) mientras María y Dolly se preguntaban, cada vez más alarmadas, qué diablos nos estaba pasando a nosotros.

Quedaba un solo lugar por explorar, una calle más bien angosta bordeada de plátanos y claro, el restaurante estaba allí, no podía ser otro, a cincuenta pasos se olía a pizza y a fuego de leña, una pareja salía en ese momento y alguien los despedía en la puerta, alcancé a escuchar algunas palabras en italiano, seguramente el propietario que acompañaba a dos buenos clientes.

El hombre me miró con cierta sorpresa y se quedó allí en la entrada como cerrándome el paso. «Ya cerramos, señor», dijo, con una semi-sonrisa. Esforzándome en echar una ojeada hacia la sala por encima de su hombro empecé a explicarle que seguramente había un grupo de amigos esperándonos en una mesa, pero el individuo se limitó a sacudir la cabeza (ahora se olfateaba un resabio de brillantina) y a per-

manecer allí, casi amenazante, repitiendo que el restaurante estaba cerrado y que ya no quedaba ningún cliente.

«Entonces ya se fueron», dije, y me esforcé en describirle lo mejor posible a Juan, era imposible que no se hubiera fijado en él con sus dos metros de estatura y aquel absurdo gorrito de piel que alguien le había traído de París, pero el hombre hizo un gesto de fastidio y se volvió hacia dentro sin dejar de bloquearme el paso, gritó algo en italiano y poco después surgió una especie de coloso en camiseta y con un delantal que parecía manchado de sangre (pero seguramente era salsa de tomate) y los dos se pusieron a hablar rápidamente en italiano hasta que el gordo bajito se volvió bruscamente y me dijo que esa noche no habían visto a nadie de ese tipo, ningún hombre alto con gorrito o sin él.

Detrás del coloso apareció otro hombre, también cubierto con un delantal sucio, de modo que los tres formaban un grupo francamente hostil, tuve la certeza de que si hubiera intentado dar un paso adelante se habrían lanzado contra mí, el dueño, porque seguramente era el dueño, parecía estar nervioso o asustado y me dio la impresión de que quería terminar lo más rápidamente posible, en determinado momento los tres avanzaron y entonces me vi obligado a retroceder y salir a la calle.

Me quedé unos minutos allí, perplejo, el italiano recordete me lanzó una última mirada y después bajó ruidosamente la cortina metálica, casi en seguida las luces del restaurante se apagaron y la calle quedó prácticamente en tinieblas, había un solo farol encendido en toda la cuadra y ahora que la enseña luminosa no alumbraba más se tenía la sensación de estar en un callejón sin salida.

Sentí una primera punzada de miedo y estuve a punto de echarme a correr, pero me dije que a lo mejor eso era lo que ellos estaban esperando, así que traté de caminar con la mayor naturalidad posible hacia el café donde estarían esperándome Julio, Ana y Claude, tratando al mismo tiempo de escuchar cualquier ruido de pasos detrás mío, seguramente se trataba de un error, uno más en esa noche absurda, a lo mejor había otro restaurante italiano en la zona y lo único que hacía falta era buscar bien.

Lo peor era el silencio, esa sensación de ciudad abandonada, como si existiera un acuerdo tácito o un pacto entre ellos y la gente, según el cual a partir de cierta hora las calles les pertenecían por entero, podían circular por ellas sin necesidad de identificarse, la sola señal masónica para el reconocimiento consistía precisamente en eso, en estar allí, en desplazarse, en cruzar una esquina a toda velocidad y

con las luces apagadas o en acechar dentro de un automóvil, fumando, agazapados.

El café estaba cerrado, claro, a través de la vidriera podían verse las sillas apiladas encima de las mesas, con ese aspecto de cosa muerta que adoptan los cafés a la espera del día, estuve un rato sin saber qué hacer, empecé a caminar con el miedo pisándome los talones y pensé que lo mejor era volver a casa, volver a casa y esperar que ellos se cansaran del juego y decidieran, finalmente, venir a buscarme también a mí.

OMAR PREGO

205, Boulevard Vincent Auriol
75013 PARIS
Francia